

FRANCISCO DE MIRANDA Y LA REVOLUCIÓN DE INDEPENDENCIA EN LOS ESTADOS UNIDOS

Simón Alberto Consalvi (*)

Tres etapas de la gran historia del mundo constituyeron el paisaje político y humano donde discurrió la vida de Francisco de Miranda, las tres grandes revoluciones de la era contemporánea: la revolución de independencia de Estados Unidos, la revolución francesa y la revolución por la independencia de América Latina. ¿Qué fuerzas hicieron posible el fenómeno de un joven que a los 21 años deja su ciudad natal de Caracas en 1771, para buscar nuevos ámbitos en la capital del Imperio, ingresa al ejército del Rey, combatirá en África y volverá a cruzar el Atlántico para luchar contra los ingleses, y contribuir a la independencia de la América del Norte, conocer y admirar al gran país, sus hombres y sus universidades, a personajes como Washington, Jefferson, Hamilton, James Monroe, Rufus King o el general Henry Knox?

Ya para el momento de su visita a Estados Unidos es prófugo del Imperio español. 50 años antes que Alexis de Tocqueville, Miranda observó y admiró las instituciones norteamericanas, como lo dejó registrado en las innumerables notas de su *Diario de viajes*. Miranda tiene 33 años. Cuando ingresa a Estados Unidos ya ha combatido por la independencia de esa nación.

Las tres revoluciones en que participó Miranda fueron consecuencia de la primera guerra mundial librada en las últimas décadas del siglo XVIII entre los potencias de la época, Gran Bretaña, Francia y España. De esa guerra surgieron las tres grandes revoluciones que cambiaron la historia del mundo. Francisco de Miranda fue el único personaje que participó directamente en las tres. Otros revolucionarios de relieve como Thomas Paine y Thomas Jefferson sólo participaron en las dos primeras; Jefferson era presidente de Estados Unidos cuando Francisco de Miranda fue a Washington a solicitarle su respaldo en 1805 para libertar a Venezuela, pero las relaciones con Espa-

(*) Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, Sillón Letra «C».

ña tenían entonces otras connotaciones. Como Benjamín Franklin, Jefferson, había sido ministro plenipotenciario de Estados Unidos ante la Corte de Luis XVI, y se cuenta que contribuyó en la redacción de algunos papeles subversivos contra la monarquía, además de encantar a los franceses cuando paseaba por los Campos Elíseos en compañía de Sally Hemmings, su esclava esbelta y grácil, a la cual llamaban la “Venus africana”.

Francisco de Miranda actuó dentro de este contexto político. “La guerra con Francia, escribió Winston Churchill, sería una guerra mundial, la primera en la historia, y su alto precio algo más que una redistribución de fronteras e islas del azúcar”. (“The first world war”, en *The Age of Revolution*, 1957). “Francia, anotó el historiador, estaba técnicamente en paz con Gran Bretaña, pero suplía armas y recursos a los patriotas, y voluntarios franceses estaban al servicio de sus fuerzas”. O, sea, que se establecía una alianza entre una de las monarquías más antiguas de Europa y la primera república democrática de la historia, mediante el tratado suscrito por el enviado Benjamín Franklin en el Palacio de Versalles. En la primera guerra mundial, Gran Bretaña quedaba sola, mientras Francia y España se concertaban para respaldar a los revolucionarios del Nuevo Mundo.

Fue una alianza que determinó el triunfo de la revolución. En enero de 1781, la situación era tan desesperada para los norteamericanos que combatían por la independencia, que sólo graves errores de los generales ingleses los preservaron de la derrota. Fue entonces cuando Luis XVI decidió enviar al Caribe la mayor parte de su armada, al mando del almirante François de Grasse, con instrucciones de apoyar a las fuerzas de Washington y de los generales franceses Rochambeau y Lafayette, tomando el Rey una decisión clave en la historia, con repercusiones posteriores en la propia Francia, y en el destino no sólo de su reinado y del sistema monárquico, sino de su propia vida: la gran Revolución, la guillotina, a la cual lo condujo el azar de las pasiones.

El almirante de Grasse llegó a Cabo Francés el 26 de julio y allí encontró cartas que describían la situación angustiosa porque atravesaba la revolución, enviadas desde el norte por el general Rochambeau y el Caballero de La Luzerne, ministro de Francia ante el Congreso Americano. Las cartas traducían la situación terriblemente crítica de los ejércitos franco-americanos. Rochambeau le decía que no podría pagar los soldados más allá del 20 de agosto. Requería con urgencia la suma de 1.200.000 libras tornesas. En la carta se leía: “No puedo disimularos, señor, que el país está sin recursos; Washington no tendrá ni la mitad de las tropas con que contaba; no se expli-

ca con claridad sobre este punto, y es natural; en este momento no llega a disponer de 6.000 hombres. M. de Lafayette tiene, quizás, un millar de soldados para defender a Virginia con la milicia, y no hay más en camino que puedan reunírsele”.

El almirante de Grasse tomó la decisión de auxiliar a los rebeldes, movilizándolo hacia la bahía de Chesapeake una fuerza de 3.000 hombres de los destinados para operar bajo órdenes españolas en Florida, estacionados entonces en Santo Domingo. No obstante, y si bien de Grasse, podía disponer de hombres, carecía absolutamente del dinero solicitado. Lo buscó en Santo Domingo, y fracasó; y entonces tuvo la idea de enviar a uno de sus oficiales, Saint Simon, a solicitarlos en La Habana, a bordo de la fragata “L’Aigrette”.

En este momento, Francisco de Miranda entró a la historia de Estados Unidos y de su revolución de independencia. Una vez en España, capitán del Real Ejército, protagonista del ataque a Argel y del sitio de Melilla, Francisco de Miranda intuyó, avizor como era, que la acción estaría en América, y así le solicitó al ministro José Gálvez que lo enviara a sus tierras de origen. Le confiaba al ministro que tenía bastantes conocimientos de matemáticas, así como de las lenguas inglesa, francesa, italiana y latina. Era un hombre útil, en una palabra, para una Babel como el mar Caribe.

En el Regimiento de la Princesa al cual pertenecía, por su carácter impulsivo y personalidad fuerte, se vio envuelto en varios incidentes. Tuvo la fortuna de ser transferido al Regimiento de Aragón, cuando ya se disponía que ese cuerpo integrara las fuerzas expedicionarias de América. El joven Miranda fue designado edecán del capitán general Juan Manuel Cagigal. Al poco tiempo el venezolano estaba en el Caribe, donde se libraba la guerra de las potencias por la independencia de los Estados Unidos. El propio Miranda fue uno de los mejores cronistas de la guerra, como lo atestiguan las páginas de su *Diario*.

Es uno de los capítulos olvidados en las grandes Historias de la nación, en donde el propio almirante de Grasse apenas se menciona al pie de página, y en donde la contribución española pasa como una nube que difícilmente se vislumbra. El historiador estadounidense Charles Lee Lewis escribió en 1945 la biografía del francés: *Admiral De Grasse and American Independence*, y sus páginas se abren de esta manera:

“El norteamericano conoce poco o nada de los grandes servicios prestados por el almirante de Grasse a la causa de la independencia de Estados

Unidos. El nombre de Lafayette es generalmente conocido y honrado, e, incluso, algunos recuerdan que Rochambeau comandó el ejército francés que ayudó a Washington. Pero el nombre del comandante de la flota francesa que derrotó la flota inglesa en las costas de Virginia, e hizo posible la captura del general Cornwallis en Yorktown es generalmente desconocido”.

Si eso ha sucedido con el almirante de la armada francesa que decidió la suerte de la batalla de Yorktown, es decir, la batalla que selló la independencia de Estados Unidos, ¿por qué no entender que el resto de la historia permaneciera también en las nebulosas? La contribución de Miranda en aquella ocasión fue crítica, según confirman diversos testimonios. Fue Miranda quien gestionó, y logró en La Habana los recursos necesarios para que el almirante de Grasse se movilizara al norte. Entre los más recientes está la obra de la historiadora Loliannette Emmanuelli, *Spanish diplomatic policy and contribution to the United States Independence, 1775-1783*. Después de describir las gestiones frustradas del almirante francés, Emmanuelli escribe: “Afortunadamente para de Grasse, la isla de Cuba estaba gobernada por Juan Manuel de Cagigal, quien sirvió con Bernardo de Gálvez en la campaña española contra las posiciones inglesas de Pensacola, Mobile, y el área del Mississippi. Su asistente era Francisco de Miranda (...). Ambos respondieron favorablemente a la solicitud de de Grasse, y Miranda fue el encargado de recoger los fondos”.

Cuando Miranda estaba siendo juzgado en París, como consecuencia de los duelos y avatares de la Revolución francesa, su abogado ante el tribunal revolucionario que lo juzgaba en 1793, Chauveau Lagarde, alegó a su favor: «La apertura del puerto de La Habana para el comercio americano; la conquista de la Florida del Oeste; la de las islas de Bahama; la salida de M. de Grasse para Chesapeake, cuyo resultado fue la captura del ejército inglés y la independencia de la América del Norte, y, en fin, la proyectada invasión de la Jamaica, fueron, más o menos, obra de sus consejos, tomando parte en su feliz ejecución, para interés de la libertad en el Nuevo Mundo». Un hombre con tales antecedentes, que había contribuido a la independencia de una república, alegaba Chauveau Lagarde ante el tribunal revolucionario podía, acaso, ser enviado a la guillotina?

Al ver que Miranda era sometido a juicio, Thomas Paine le escribió a Thomas Jefferson: “Si esta revolución fuera dirigida en consonancia con sus principios, tendría buenas posibilidades de extenderla por la mayor parte de Europa, pero ahora yo estoy renunciando a esa esperanza”.

Con la batalla de Yorktown la suerte de Inglaterra en el Nuevo Mundo estaba echada. Sin embargo, en el remoto Sur todavía se combatiría por algún tiempo, en Louisiana y en las Floridas. Otra vez le tocó jugar a Francisco de Miranda un papel relevante en el proceso de la revolución de los Estados Unidos. Para tomar a Pensacola, y respaldar a las fuerzas del español Bernardo de Gálvez, el 16 de octubre de 1780, había partido de La Habana una flota de 16 barcos de línea y 50 transportes, con 3.000 soldados al mando del almirante Solano. Una gran tormenta les cortó el paso y los que no naufragaron regresaron a Cuba. En vista de que una escuadra inglesa había partido de Jamaica para reforzar a Pensacola, los españoles decidieron una tercera incursión, esta vez con mayores posibilidades de éxito. El almirante Solano se hizo a la mar con 13 barcos de guerra, (4 de ellos franceses), con 1.600 soldados de España y 700 de Francia. Al mando de las tropas iba el capitán general Cagigal, con Francisco de Miranda como su ayudante.

El general inglés John Campbell defendía la fortaleza de Pensacola con 800 soldados, 200 marinos y 1.000 reclutas de la región. Iniciado el ataque el 22 de abril, terminó el 9 de mayo de 1781, con la rendición del general Campbell, 5 meses antes de Yorktown. Miranda relata los pormenores de estas expediciones en su *Diario*: estuvo al frente del mando de los voluntarios angloamericanos, unidos a los españoles y a los franceses, y fue ascendido a teniente-coronel, después de la caída de Pensacola. Fueron variadas sus misiones como edecán del general Juan Manuel Cagigal. Pero algo lo perjudicó al final: todas resultaron exitosas, y unidos sus éxitos a su arrogancia, terminaron por crearle enemigos poderosos como el general Bernardo Gálvez. En su ensayo “Miranda y la independencia de Estados Unidos”, Caracciolo Parra Pérez da las claves del episodio: “Miranda es acusado de espionaje a favor de Inglaterra... y he aquí cómo: el 18 de junio de 1781, el general John Campbell, el vencido de Pensacola, pasó por La Habana, camino de Nueva York, ciudad que estaba todavía en manos de sus compatriotas. El capitán general Cagigal, que era un auténtico hidalgo, a quien la guerra no hacía olvidar la cortesía, invitó al ex adversario a su mesa y puso a su disposición una de sus carrozas personales para que visitase la ciudad. (...) Al azar del paseo, el coche del Capitán General subió hasta el Castillo del Príncipe, fuera del recinto, y allí Campbell con natural curiosidad echó una ojeada al taller de carpintería”. Los intrigantes armaron toda una novela de espionaje para dañar a Miranda y también a Cagigal, sin que Miranda hubiera estado en escena ni visto a Campbell. 17 años después, el Consejo de Indias eximió a ambos de toda culpa, pero ya era un poco tarde. Miranda fue puesto en la disyuntiva de una larga prisión o de una huida espectacular, y optó por la

última. Viajó al norte con una carta de presentación de Cagigal para el general Washington.

Dos años después de Yorktown no había ocurrido ninguna batalla de importancia, y así llegó la paz, finalmente. Pero fueron días penosos para el comandante en jefe, a pesar de las glorias de una victoria que tardó en comprenderse, porque nadie imaginó entonces que Yorktown había sido la última batalla y, así, la guerra fue tocando silenciosamente a su fin.

Churchill refiere que cuando las noticias de la derrota de Yorktown llegaron a Londres, el premier del imperio, lord North, exclamó desconsolado: «Oh, Dios, todo ha terminado». Cayó el gabinete de lord North. El rey quiso abdicar. La oposición, bajo el liderazgo de Rockingham, se entendió con Su Majestad: independencia para las colonias de América (ya una decisión tan inútil como tardía) y la no interferencia del rey en los asuntos políticos, fueron las premisas del nuevo jefe de gobierno. O sea, un rey doblemente derrotado.

La paz entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos fue suscrita en París el 3 de septiembre de 1783. Los ingleses le dijeron adiós a Manhattan en medio de un otoño doblemente sombrío. El 13 de noviembre, Washington entró a Nueva York. El 4 de diciembre se despidió de sus oficiales: «Con el corazón lleno de amor y gratitud, me separo de ustedes, deseándoles que los días por venir sean tan prósperos y felices, como los últimos han sido honorables y gloriosos». Abrazó a cada uno de sus oficiales como si no fuera a verlo más, y tomó un barco hacia el Sur, hacia la capital política.

Un testigo de los sucesos escribió: «El 8 de diciembre entró en Filadelfia el general Washington, de paso para el Congreso que se hallaba congregado en Anápolis, a fin de presentar su dimisión en toda forma, habiendo ya tomado posesión y dispersado el ejército, etc.». El testigo que esto escribe no era otro que el fugitivo del gobierno español, llamado Francisco de Miranda. El relato continúa así: «La entrada fue a las doce del día en compañía del ministro de Francia y sus dos edecanes, coronel Humphreys y coronel Benjamín Walker, que venían con él desde Nueva York. El presidente Dickinson, Mr. R. Morris y algunos otros oficiales americanos que se hallaban en este tiempo en Filadelfia, y una compañía de milicias de caballería, que salieron a distancia de cuatro o seis millas a recibirle».

Miranda, excelente (y también imaginativo) redactor de memorias, anotó en el *Diario* los detalles que podían darle sabor a su crónica: «¡Niños, hombres y mujeres expresaban tal contento y satisfacción como si el Redentor

hubiese entrado en Jerusalem! Tales son las nimias ideas y sublime concepto que este hombre fortunado y singular logra en todo el continente... bien que no faltan filósofos que lo examinen a la luz de la razón y conciban más justa idea que la que el alto y bajo vulgo se tiene imaginada».

Miranda no sólo reflexiona sobre lo colorido del espectáculo, porque también parece intrigarlo la popularidad avasallante del general, y lo registra en estos términos: «...Y es cosa bien singular por cierto que, habiendo tanto personaje ilustre en América que por su virtud y talento han formado la gran y complicada obra de esta independencia, nadie tiene un aplauso general ni la popularidad de este jefe, o por mejor decir, nadie la posee sino él».

El tiempo le daría ocasión a Miranda para comprender lo que en aquel momento percibía como una injusticia, es decir, que todas las miradas confluyeran en un solo hombre. Washington era el héroe del momento, la personificación de la victoria, y el entusiasmo no podía ser para otro. Con todo, el mismo Miranda parece haberse contagiado del fervor popular y del magnetismo de quien jugaba un papel tan excepcional: Miranda visita a Washington, y refiere que «tuve el gusto de comer en su compañía todo el tiempo que estuvo en Filadelfia». Una de tantas semanas singulares en su vida de gran viajero y ciudadano del mundo.

El venezolano describe al hombre de esta manera: «Su trato es circunspecto, taciturno y poco expresivo, bien que un modo suave y gran moderación lo hacen soportable. Nunca conseguí verlo deponer estas cualidades, sin embargo de que el vaso corría con humor y alegría sobre la mesa y que al beber ciertos «toasts» (o saludos) se ponía de pie y daba sus tres «cheers» como todos nosotros. Bajo este supuesto, no es fácil formar concepto fijo de su carácter, y así suspenderemos el juicio por ahora, ínterin la casualidad o el tiempo suministren mejores fundamentos para ello».

La historia le depararía al joven fugitivo de Su Católica Majestad Carlos III (que tales interrogantes lanzaba al azar), toda la plenitud posible de sucesos para hacerse los juicios más pertinentes sobre George Washington. Años después regresaría a Estados Unidos y visitaría Mount Vernon. De tales días en Filadelfia y en medio de tales compañías, el comandante en jefe George Washington siguió camino a lo que pensó sería su cita final con la historia. El venezolano Francisco de Miranda, a los 33 años de edad, inició entonces su periplo interminable de conspirador universal.

Los protagonistas de la primera guerra mundial verían a poco transformada su historia. Desde mediados del siglo XVIII en adelante, piensa Fernand Braudel, el punto de gravitación del Imperio Británico se había desplazado desde América y el Atlántico hacia la India y el Océano Índico. Si lo que movía a los ingleses (y, sin duda, lo fue) era la búsqueda de mayores márgenes de ganancias, el Lejano Oriente ofrecía lo que la América no podía dar: los americanos del Norte eran demasiado ingleses para dejarse explotar, a diferencia de los pueblos remotos del Asia, especialmente la India y la gran China. «América (escribe Braudel) podía ser tenida por recién nacida pero ya contenía el núcleo de una clase acaudalada, cuya riqueza (por modesta que fuera) la llamaba a ejercer un papel de liderazgo».

Luis XVI perdió la monarquía y también la cabeza. El ministro Aranda le escribió al Rey Carlos III: “Acabo de firmar, por orden de Vuestra Majestad, el Tratado de Paz con Inglaterra. Las colonias americanas se han hecho independientes, y esto es para mí un motivo de pena y de temor. Hemos luchado contra nosotros mismos. (...) Esta nueva república federal, nacida pigmeo y que se ha formado gracias a las fuerzas de dos grandes potencias como España y Francia, mañana será un gigante... un coloso irresistible. Contra ella no podremos defender nuestro vasto Imperio”.

El 15 de diciembre de 1784 Francisco de Miranda se embarcó en Boston, rumbo a Londres. El 31 de enero la nave toca las aguas del Támesis. Otra historia comienza para el mundo y para Francisco de Miranda.